

Dos regímenes de verdad en la Italia posterior a Berlusconi.

Two regimes of truth in post-Berlusconi's Italy

María Pia Pozzato (Traducción de Carmen Mata y Manuel Mata)

El trabajo se plantea como objetivo la reconstrucción del recorrido de la política italiana desde la condena firme de Silvio Berlusconi hasta la consolidación del liderazgo de Matteo Renzi a través del vehículo principal de información política en Italia: la televisión y en particular los programas de debate o *talk shows* de máxima audiencia. Se observa cómo un *régimen de la opinión*, con posicionamientos opuestos de defensores de la inocencia y la culpabilidad, ha permanecido meses después de la condena de Berlusconi; y cómo se ha pasado a un régimen completamente distinto, basado en la *verificabilidad futura de los hechos*, con la llegada al gobierno de Matteo Renzi. Se hace un seguimiento detallado de este giro sin olvidar sus matices pasionales, pues a los regímenes del odio y de la venganza, con su atención preferente al pasado, les han seguido los motivos de la *esperanza* y la *espera*, pasiones del futuro.

Palabras clave: Semiótica, escena pública, análisis de los medios, debate político en Italia.

This essay focuses on the period of Italian politics from Silvio Berlusconi's conviction to the appointment of Matteo Renzi as Prime Minister, studying it in what is still the most important information medium in Italy, television, where politics are particularly discussed in prime time political talk-shows. More specifically, an *opinion regime*, based on two sharply opposed positions supporting Berlusconi's innocence or guilt, lasted for months after Berlusconi's conviction, while the establishment of Renzi as premier provoked a deep change of the public debate: by then, political debates on media have been constantly focused on the need to verify Renzi's goals and promises through facts. In this essay, I will follow these recent political changes in Italy in a detailed way, with a particular stress on their passionate roots, for instance *hate* and *vengeance* in the Berlusconi's period, followed by feelings of hope in Renzi's period, feelings which by definition pertain to a future dimension.

Keywords: Semiotics, Public Scene, Media Analysis, Political Debate in Italy.

Maria Pia Pozzato enseña materias de semiótica en la Universidad de Bolonia, entre ellas Semiótica de la Publicidad y Semiótica de la Literatura. Sus intereses comprenden el análisis del atuendo, de los medios, con atención particular a las estéticas contemporáneas en literatura, cine y música de consumo. Se ha dedicado durante años a la divulgación de la semiótica (cfr. *Capire la semiótica*, Carocci 2013). E-mail de contacto: mariapia.pozzato@unibo.it

Este artículo fue referenciado el 31 de mayo de 2015 (Universidad de La Frontera)

1. ¿SE PUEDE SEGUIR HABLANDO DE “OPINIÓN PÚBLICA”?

En un trabajo analítico con un enfoque de metodología semiótica resulta imposible afirmar cuáles son en realidad, empíricamente hablando, los escenarios públicos en la Italia actual. Por supuesto, se pueden realizar entrevistas y analizar las respuestas, leer blogs, seguir *tweets* o intervenciones en *facebook* y en otros foros de información. Pero siempre nos encontraremos ante construcciones mediáticas, reflejo de imágenes que una sociedad proyecta de sí misma a través de medios de comunicación de masas más o menos nuevos¹.

Mis consideraciones sobre los dos regímenes distintos de discurso político sobre la verdad en Italia entre el verano del 2013 y el final de la primavera del 2014 se basan precisamente en discursos, crónicas e imágenes que los medios de comunicación difundieron en aquel momento. Recordemos que en Italia, a pesar de la irrupción masiva de los nuevos medios de comunicación y de las redes sociales, la televisión generalista sigue desempeñando un papel decisivo, por ejemplo, en la creación de opinión de voto durante las campañas electorales². Prueba de ello es la participación de Beppe Grillo en *Porta a Porta*, la tertulia italiana nocturna más famosa y tradicionalista, en vísperas de las elecciones europeas del 2014. Y es que, si bien el líder del Movimento 5Stelle (Movimiento 5 Estrellas) llevara años insistiendo en que la televisión era un medio que había que evitar por ser el espacio de la “política ficción”, tuvo que rendirse ante la evidencia del poder que este medio sigue teniendo en Italia³.

Más allá del veredicto objetivo del voto popular, sigue siendo muy difícil a día de hoy explicar qué es la opinión pública. La crisis de este concepto se remonta a muchos decenios si ya Jürgen Habermas afirmaba: “Cuando las leyes del mercado, que controlan la esfera del tráfico mercantil y del trabajo social, penetran también en la esfera reservada a las personas privadas en su calidad de público, el raciocinio tiende a transformarse en consumo, y el nexa de la comunicación social se disgrega en los actos, siempre uniformes entre sí, de la recepción individual” (Habermas 1962: 190 por la trad. esp.). Según este autor, en el siglo pasado las formas burguesas de socialidad cambiaron, se asistió al ocaso de la lectura en familia, de los círculos, de las asociaciones masculinas, de las tertulias y los clubes, todo ello con una misma consecuencia: la abstención progresiva del debate literario y político. Surgen las actividades grupales, de carácter voluntario, pero —continúa Habermas— “las *group activities* no crean un público”. Las actividades críticas que se desarrollaban en la esfera privada dejan espacio a actividades de tiempo libre de un público de consumidores culturales que no siente la obligación de debatir colectivamente sobre aquello de lo que disfrutan, ya se trate de una película, de una retransmisión televisiva o de un libro. Y en los casos en los que pervive el debate, este se organiza a su vez como un bien de consumo⁴. De esa forma, según Habermas, se va perfilando la paulatina disgregación de la esfera pública burguesa, lo cual tiene como consecuencia que la esfera pública misma se acaba configurando de manera que resulte atractiva para el consumidor y apta para mantener el *statu quo*.

Porque el quid de la cuestión es exactamente ese: *¿cómo debe presentarse hoy el producto-política para ser “vendido”?*, ¿cómo se produce la doble traducción mediática: de la ciudadanía a los medios de comunicación o de los medios de comunicación a la ciudadanía (que interpreta los medios de comunicación de distintas maneras) y a las instituciones políticas? En el conocido ensayo de Eric Landowski sobre el asunto, “La opinión pública y sus portavoces” (Landowski 1989), el problema de la opinión pública se reconducía a temas clásicos: la relevancia de los sondeos, las preocupaciones metodológicas relativas a la objetivación de los datos, el papel de los portavoces, la posible correspondencia entre el hacer persuasivo y el hacer interpretativo, la duración de la opinión, los papeles de la opinión pública, etc.

Podría afirmarse que todas estas cuestiones se han superado en cierta medida. Los periódicos, los sitios web de información y las tertulias políticas se refieren cada vez menos a la opinión pública y a su influencia. Nadie, y mucho menos los políticos, se esperan arrebatos decisivos por parte de los ciudadanos de a pie; más allá de los comicios electorales, las manifestaciones ciudadanas son raras; y los movimientos en general son efímeros. Y todo ello a pesar de que se tienen muchas más posibilidades, sobre todo a través de la red, para expresar su opinión en tiempo real sobre cualquier cuestión. El problema es si esas personas tienen la misma capacidad, o voluntad, para constituir lo que Hannah Arendt denomina *espacio público compartido*, la base necesaria para formar un *sentido* de la *realidad compartido*. Ya Landowski, en el ensayo mencionado, escrito en una época en la que *twitter* era impensable, distingue entre “público”, como simple *colección de individuos* y “Opinión pública” como una unidad molar, *actante colectivo*, totalidad.

Los nuevos medios de comunicación parecen fomentar formas de comunicación y agregación momentáneas pero no estables, como demuestra la historia de los movimientos internacionales y también de los italianos de los últimos años. Aunque constituyen indudablemente un espacio de traducción y negociación entre opiniones y sentimientos de los ciudadanos y los expresados por los actores políticos, los nuevos medios de comunicación constituyen hoy en día para la política un factor de gran imprevisibilidad, sin olvidar en absoluto, en nombre de una mayor participación de masa, el fenómeno del desinterés y la indiferencia por la política.

El cuadrado propuesto por Landowski en 1989 era el siguiente:

<i>seguir</i> a la opinión pública		<i>engañar</i> a la opinión pública
<i>desafiar</i> a la opinión pública		<i>enfrentarse</i> a la opinión pública

Hoy parece que ya carece de sentido. Cada posicionamiento político simplemente *cuenta* con sus propios seguidores, cuya fidelidad tiene más de pasional que de crítica.

Tal y como el propio Landowski subrayara en una obra posterior (*Passion sans nom*, 2004), hoy las personas parecen *sintonizarse* con los distintos líderes más que adoptar un hacer interpretativo; se dejan *contagiar*, más que desarrollar una actividad de confrontación con los demás. Las pasiones de la política se convierten en pasiones “sin nombre”, es decir, están más próximas al contagio y a las reacciones que a la articulación modal y narrativa.

Según otro punto de vista, el de Mario Vargas Llosa, la reflexión, la visión compleja y compartida de los problemas se considera, simplemente, rollos. Como afirma el premio Nobel en su célebre ensayo sobre la civilización del espectáculo (Vargas Llosa 2012: 15), a nosotros, los afortunados ciudadanos de los países occidentales, “nos han deparado el privilegio de convertir el entretenimiento pasajero en la aspiración suprema de la vida humana y el derecho de contemplar con cinismo y desdén todo lo que aburre, preocupa y nos recuerda que la vida no sólo es diversión, también drama, dolor, misterio y frustración”.

También según Dubravka Ugresic, las nuevas formas de sociabilidad en la web estarían lejos de suponer una recuperación o un fomento del debate político. La estudiosa croata ve en las actuaciones individuales, de las que el *selfie* es un símbolo casi obsesivo, una repetición anónima e hiperconformista de conductas comunes, una *cultura del karaoke* en definitiva, como reza el título de su último libro. ¿Qué es el karaoke sino esa forma de espectáculo donde todos son iguales a todos, un gran hombre y una persona común, quien tiene una competencia profesional y quien se lanza al ruedo sin preparación específica alguna? La autora ve internet como un karaoke de enormes proporciones con un millón de micrófonos que un millón de personas se precipita a empuñar para cantar su propia canción de otro. Cualquier aficionado tiene su blog, sus lectores, sus seguidores y nadie puede pedirle cuentas porque a menudo es anónimo y canta canciones de otros, de forma que puede dar su opinión, con frecuencia de manera bastante agresiva, y volverse a casa tan tranquilo.

En Italia, además, existe una distancia endémica entre la cultura de élite y la popular, como subrayaba ya Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935). Según Gramsci, como es sabido, en los primeros decenios del siglo XX en Italia los intelectuales estaban lejos de la nación, vinculados a una tradición de casta, de forma que la cultura nacional-popular se nutría más de productos extranjeros, como las novelas populares rusas y francesas, que de productos de origen nacional, casi inexistentes. Como consecuencia de ello, “el elemento intelectual indígena es más extranjero que los extranjeros frente al pueblo-nación”. Esta idea de separación entre una *casta* (de políticos, de intelectuales) y la masa de las personas comunes sigue estando muy presente en el debate mediático. Algunos ensayos de gran éxito, como el de Sergio Rizzo y Gian Antonio (Rizzo, Stella 2008) han trasladado al ámbito político esta idea de separación clara entre una élite que ocupa el poder y el resto de los ciudadanos. A finales de la primavera del 2014, el descubrimiento de casos colosales de corrupción en obras públicas como la Expo 2015 de Milán y

el proyecto Mose en Venecia, han disparado exponencialmente la ecuación entre política y delincuencia.

Si salimos del restringido ámbito de la política y consideramos el patrimonio común cultural y lingüístico, respecto a la época de Gramsci, es incuestionable la ingente labor de unificación de la televisión. La laguna provocada en Italia por la ausencia de una novela nacional-popular de la que se lamenta Gramsci parece colmada hoy en día por la ficción televisiva, si bien es cierto que la historia que subyace en muchas series aparentemente muy italianas en realidad son adaptaciones de formatos extranjeros⁷. No es la tradición entonces sino el entretenimiento televisivo el que parece haber creado un archivo común de tal forma que, adaptando de manera más bien libre el término de Gramsci, algunos críticos de televisión han acuñado el término “televisión nacional-popular” para referirse a las formas más estereotipadas y fáciles de entretenimiento. Como subraya, por ejemplo, Luca Barra en una reciente reflexión, la televisión italiana parece anquilosada y nostálgica, “la máquina de los sueños se ha atascado, y a un público que envejece le corresponde un envejecimiento progresivo también de su imaginario nacional-popular” (Barra 2014: 131).

Pero de este modo aumenta la distancia entre las distintas esferas culturales, sobre todo en términos generacionales, ya que los jóvenes italianos no ven la televisión generalista, no van a votar y consumen principalmente, y a través de internet, productos extranjeros.

En suma, las *esferas simbólicas* se visten de una complejidad inasible, como sostiene el filósofo Peter Sloterdijk, que sobre todo en el tercer volumen de su célebre trilogía *Sphären*, usa la metáfora de la espuma para hacer referencia a esa multiplicación infinitesimal de mundos a la que asistimos en nuestros días (Sloterdijk 2004). También Lotman hablaba de *semioesferas*, aludiendo a sistemas culturales dotados cada uno de ellos de una “personalidad semiótica” propia pero también susceptibles de migrar, de encontrarse y enfrentarse repentinamente y hasta de manera *explosiva* (Lotman 2009). Seguir hoy la dinámica de estas “geografías” y de estas transformaciones es, sin lugar a dudas, un reto para quien desee aventurarse a hacer una lectura culturalológica de la sociedad con cualquier metodología.

2. DE LA “OPINIÓN” A LA “VERDAD”, SUB CONDICIONE

Una vez presentados, aunque sea de forma somera, los problemas aparejados a las reflexiones actuales sobre la esfera pública, paso a describir el recorrido al que se ha asistido en Italia entre el verano del 2013 y el final de la primavera del 2014. Un recorrido que, con su vuelco súbito, demuestra hasta cierto punto el carácter imprevisible al que me vengo refiriendo.

En el campo semiótico, el problema de la verdad no puede plantearse de manera referencial, como correspondencia entre afirmaciones y hecho, sino más bien

en términos de *veridicción*, es decir, de construcción discursiva de la verdad⁶. Por lo tanto, no afirmaremos que antes, en tiempos de Berlusconi, no se planteaba el problema de la verdad mientras que hoy, con Renzi, por fin ya algunos se ocupan de ella porque sería una lectura ingenua y extraña a lo que se viene afirmando en el presente trabajo. Lo que propongo es la ilustración de dos *regímenes discursivos de tipo veridictivo* distintos que se asoman a los medios de comunicación italianos en el período que hemos definido, sin pronunciamiento alguno sobre las propuestas políticas objeto de estudio.

Aunque Hannah Arendt, cuando habla de verdades de hecho, se refiere a algo real y efectivo, considero provechoso seguir la argumentación de su trabajo de 1968 “Truth and Politics” (“Verdad y política”) por razones que confío en que vayan quedando claras a medida que mi análisis tome cuerpo. Acusada de posicionarse contra los hebreos por su teoría de la “normalidad” de los nazis, hasta atacada y abandonada incluso por muchos amigos, Arendt defiende la *verdad de hecho* y dice que una de las características del totalitarismo es, precisamente, ignorar el “dato de hecho” y *fabricar la verdad* a través de una *mentira sistemática*⁷. Por ejemplo, verdades de hecho como los campos de exterminio (“cuya existencia no era un secreto”) durante los regímenes totalitarios eran más “impronunciables” que las herejías ideológicas. En los países libres, en cambio, las verdades de hecho incómodas tienden a ser transformadas en opiniones⁸. Ahora bien, es normal que los testimonios sobre los hechos contribuyan a formar opinión, pero cuando la libertad de opinión pierde la relación con los hechos, dice Arendt (1968: 59), estamos ante una farsa. “Sucede lo mismo cuando el mentiroso, desprovisto del poder necesario para mantener en pie sus falsedades, no insiste en la sacrosanta verdad de su afirmación sino que la presenta como su “opinión”, para la cual reclama su derecho constitucional. Se trata de un recurso propio de grupos subversivos, que en un público políticamente inmaduro puede provocar una confusión considerable”. Esta consideración de Arendt me parece crucial para la comunicación política televisiva a la que asistimos el día después de la condena firme de Silvio Berlusconi. Por ejemplo, una persona que gozaba de toda la confianza del jefe, Daniela Santanché, aceptaba todo lo que se decía, incluso los envites de adversarios acérrimos, como formas legítimas de expresión, haciéndose acreedora así, por lo menos desde su punto de vista, al derecho a lanzar ella misma aseveraciones completamente indemostrables. El respeto por cualquier opinión del otro se traducían así en legitimación de la equivalencia absoluta de las posiciones, independientemente de los desencuentros relacionados con los hechos. Pues bien, este proceder sienta las bases de un régimen de veridicción más peligroso aún que el mendaz. Como afirma Arendt: “[...] el resultado de una sustitución coherente y total de la verdad de hecho por mentiras no es que las mentiras se aceptan a partir de ese momento como verdad y que la verdad será denigrada y convertida en una mentira, sino que el sentido gracias al cual nos orientamos en el mundo real —y la categoría de verdad *versus* falsedad se cuenta entre los medios mentales al servicio de dicho fin— se acaba destruyendo. Y una vez provocado el daño, no existe remedio alguno” (p. 68).

El hecho de que los acontecimientos históricos sean siempre reconstrucciones, dice Arendt, no significa que se practique una abolición de los confines entre un hecho y una interpretación, y la reconstrucción, en cualquier caso, no debe ser una excusa para manipular los hechos a nuestro antojo. “Incluso admitiendo que cada generación tiene derecho a escribir su propia historia, admitimos solo que tiene derecho a reordenar los hechos en armonía con su propia perspectiva, no admitimos el derecho a tocar la materia factual como tal” (*ib.*).

Arendt ilustra su tesis con el ejemplo de Clemenceau, que al ser preguntado acerca de la responsabilidad en el estallido de la primera guerra mundial, contestó que no sabía cuál habría sido la respuesta de los historiadores pero estaba convencido de que ninguno habría sostenido que Bélgica había invadido Alemania. “Nosotros nos estamos refiriendo, dice Arendt, a datos brutalmente elementales de este tipo, cuya indestructibilidad dan por descontada incluso los creyentes en el historicismo más radicales y sofisticados” (p. 45). Esta autora afirma que, a pesar de ello, cuando hay en juego grandes intereses, se pueden llegar a negar también estas verdades de hecho elementales, “lo cual vuelve a despertar en nosotros la sospecha de que el estar en guerra con la verdad en todas sus formas sea algo intrínseco a la naturaleza del ámbito político y, por lo tanto, nos volvemos a plantear la cuestión de por qué hasta el respeto a la verdad de hecho se perciba como una postura antipolítica” (*ib.*).

Esta argumentación ha ocupado el centro del debate político italiano después de la condena de Berlusconi. Durante meses y en todos los medios de comunicación, los defensores de Forza Italia insistían en que la actuación del poder judicial con su líder era *antidemocrática* por ser contraria a la voluntad de los millones de ciudadanos que lo habían votado. Algo que viene a querer decir: ¿qué importa si ha cometido o no esos delitos? El sentido del voto de los electores es más importante que la verdad y que la propia moral de su líder.

Retomando a Hannah Arendt, las verdades de hecho se distinguen de las de opinión por su *naturaleza coercitiva*, es decir, una vez aceptadas, dejan de ser materia de discusión. Ya en Platón, en *Timeo* (51d-52), se puede encontrar la distinción entre hombres capaces de percibir la verdad y hombres que pueden tener opiniones verdaderas ocasionalmente. Mientras las opiniones pueden ser recibidas con mayor o menor agrado, los hechos incontrovertibles poseen una “exasperante obstinación que puede ser alterada solo por las simples y llanas mentiras” (p. 47).

Ahora, en las tertulias políticas, este problema se pone de manifiesto en la contraposición entre políticos, por un lado, y “expertos” por otro (jueces, economistas, historiadores, antropólogos, sociólogos, encuestadores, etc.). Los políticos, ante los datos de los expertos, apelan sistemáticamente a datos distintos que se opondrían a las “verdades” de los expertos con los que comparten plató. Aquí no se trata ya de la contraposición entre verdad y opinión, o verdad y voluntad popular, sino de un contraste intrínseco al saber. El público debe juzgar discursos especializados que a menudo no

tiene competencia para evaluar. Sobre todo en presencia de figuras mixtas de políticos-abogados, políticos-economistas, etc., el discurso político está tan entremezclado con el análisis de los datos que resulta verdaderamente difícil para quien escucha emitir un juicio de credibilidad. De otra parte, podría ponerse en tela de juicio también la ecuanimidad de periodistas como Marco Travaglio, que se presentan como totalmente independientes, que afirman no decantarse por ninguna fuerza política pero que no pierden ocasión de dar detalles de muchos hechos, circunstancias o fechas. El efecto de sentido más superficial, para un Espectador Modelo ingenuo⁹, es el de un periodismo de investigación sediento de verdad. De hecho, estos periodistas son los más definidos políticamente, en el sentido de que han emprendido algunas “guerras santas”, como la mencionada contra el “prejuicio a Berlusconi”, y acumulan muchísimas denuncias (y alguna que otra condena) por difamación. Lo que queda en el aire es la sospecha de que hayan confundido el papel crítico con una generalizada posición “en contra”. Para muestra, un botón: a Travaglio, tras la llegada de Renzi, le dio también por éste y empezó a atacarle duramente.

Arendt se percata de que las verdades de hecho, cuando hay intereses en juego, no son más fáciles de demostrar que las opiniones, dado que se pueden aportar testigos falsos, documentación falsa, etc. Remite a una conceptualización que recuerda al *cuadrado de veridicción* de Greimas¹⁰ cuando afirma: “Lo que distingue a la verdad de hecho es que su contrario no es ni el error, ni la ilusión, ni la opinión —que no se reflejan en la sinceridad personal— sino la falsedad deliberada o mentira” (p. 58). La falsedad deliberada no forma parte de la familia del error sino que es una forma de *acción* (p. 59). Mientras que el mentiroso es un hombre de acción, quien dice la verdad no necesariamente lo es; es más, debe demostrar que lo es, que presta un servicio a la colectividad en tanto que el mentiroso es un actor por naturaleza, siempre ocupando el centro de la escena política. La sinceridad nunca se ha contado entre las virtudes políticas, añade la autora. Si una comunidad se embarca en la mentira organizada, quien dice la verdad tiene pocas posibilidades de sobrevivir. Como mintiendo se pueden modelar las cosas a medida de los intereses y de las expectativas, el discurso mendaz está destinado por su naturaleza a ser más persuasivo que aquel que se atiene a las verdades de hecho. Además, el discurso mendaz elimina el molesto factor de sorpresa/casualidad del hecho¹¹.

Otro aspecto de la política actual que incrementa un estatuto incierto del discurso de la verdad es la llamada *personalización*. Es bien sabido que los nuevos populismos en toda Europa (aunque un discurso análogo podría también aplicarse a otras potencias mundiales) provocan que el favor del electorado vaya más al líder que a los partidos a los que los líderes pertenecen. La creciente relevancia del liderazgo tiene como consecuencia que sus comportamientos relativos al *decir verdadero* o al *decir falso* se amplifiquen. Como preveía Hannah Arendt, “A mayor éxito del mentiroso, mayor probabilidad de que él mismo se convierta en víctima de sus propias maquinaciones. Además, el burlón que se autoengaña y que aparenta ir en el mismo barco que sus víctimas, parecerá mucho más fiable que aquel que miente a sangre fría permitiéndose

disfrutar de su mofa desde fuera. Solo el autoengaño es capaz de crear una apariencia de sinceridad, y en un debate sobre hechos el único factor persuasivo que puede llegar a prevalecer sobre el placer, el miedo y el provecho es la apariencia personal» (p. 65).

Esta afirmación parece hecha a medida para Silvio Berlusconi, cuyo descaro es de sobra conocido a nivel mundial. A pesar de ser investigado por mil motivos, desde fraude fiscal hasta prostitución de menores, afirma que jamás en su vida ha cometido nada ilegal. La semiótica estudia las estrategias de enunciación y sabe que los discursos muy subjetivados crean una apariencia de sinceridad que puede llegar a ser mayor que la de los discursos objetivados de los expertos. Berlusconi llora, jura por sus hijos, proclama apasionadamente que está siendo víctima de un poder judicial comunista, exhibe el apoyo igualmente apasionado de una compañera jovencísima, etc. Todo esto es mediáticamente eficaz y crea, en personas ya predispuestas a creer, una adhesión de confianza acrítica puesto que los personajes de este culebrón son mucho más interesantes y atractivos que muchos jueces y magistrados que solo tienen a sus espaldas veinte años de aburridas investigaciones.

Los autoengaños de toda una nación, en la era de la comunicación mundial, según Arendt, parecen destinados, sin embargo, a estar limitados por “fragmentos de hechos” que desestabilizan y alimentan continuamente la guerra de propaganda entre las imágenes en conflicto (p. 67). En Italia esos “fragmentos de hechos” han sido las recurrentes reprimendas de la Unión Europea, gran Destinator Manipulador (“lo exige Europa”) y Juzgador (juicios, previsiones, imposiciones de tipo económico). Sin contar a los jueces, encargados de hacer llegar las causas a las distintas instancias. Ese “obstinado estar ahí», que Arendt ve como cualidad principal de la verdad de hecho, podría consistir hoy en Italia también en las precarias condiciones económicas del país (pérdida de valor adquisitivo, deuda pública, desempleo, recortes en el Estado de bienestar, etc.) que viven los ciudadanos más allá de lo que oyen en la televisión. Eso explicaría las proporciones del voto de protesta contra la clase política, como ha puesto de manifiesto el éxito de Beppe Grillo en las elecciones generales del 2013 pero también las sentencias contra Berlusconi, que son intocables políticamente hablando desde el momento en el que son firmes. Por consiguiente, se puede decir que en Italia el cotilleo mediático se ha topado con estos dos “escollos del ser”: el económico, cuyo actante-Destinator juzgador es Europa; y el judicial, en el que el actante-Destinator juzgador es el poder judicial. No es casualidad que contra estos dos garantes de la verdad de hecho se organicen rebeliones (antieuropeístas y antijudiciales), es decir, se cree una resistencia al principio de autoridad, a los límites de lo no negociable. Y todo ello corriendo el riesgo de desestabilizar todo el sistema de evaluación y valoración: “La mentira coherente, metafóricamente hablando, nos quita la tierra que pisamos dejándonos sin tierra alguna en la que estar de pie” (p. 69).

En los “escollos del ser” ocupa una posición especial el Movimento 5Stelle, cuyos representantes se erigen en depositarios de la verdad contra la gran mentira de los poderes fuertes, pero al mismo tiempo estigmatizan, procesan y expulsan a los

disidentes. La paradoja del Movimento 5Stelle radica precisamente en esta pretensión de hacer política de una forma nueva, con una amplia participación de los ciudadanos a través de la red pero negando cualquier tipo de enfrentamiento interno y, por lo tanto, instalándose de hecho en posiciones totalitarias. De hecho, es propio del totalitarismo destruir el espacio de debate y, como consecuencia de ello, la esfera compartida. La diversidad es la condición para que se constituya algo común; la confrontación entre propuestas políticas distintas, entre concepciones del interés común diferentes, es la base para construir un espacio común político.

Arendt insiste en la afinidad entre mentira, acción y política. En ese sentido, la irrupción de un “político del hacer” como Matteo Renzi, que se convierte en primer ministro en febrero del 2014, vuelve a poner sobre la mesa el problema de la verdad, esta vez no la de la *opinión* sino la de la *eficacia*. Si el Destinator juezador de Berlusconi es el poder judicial, el Destinator juezador de Renzi es, potencialmente, el electorado mismo, que comprobará la correspondencia entre las promesas (Manipulación) y su cumplimiento, sobre todo las relativas a las reformas estructurales (Performance). Si la escena pública de la era berlusconiana está dividida en dos lecturas diametralmente opuestas de la realidad (inocencia/culpabilidad; perseguir/delinquir); la escena pública de Renzi se divide en dos posicionamientos caracterizados más bien por la confianza/desconfianza en la capacidad del líder para cumplir programas en los que, a grandes rasgos, todos están de acuerdo (ley electoral, abolición del Senado, relanzamiento de la economía, etc.).

La *verdad de hecho* queda arrinconada no en nombre del *relativismo* (opinión) sino en nombre del *pragmatismo* (resultados efectivos, “política del hacer” como reza el principal eslogan de Renzi). Antes, con Berlusconi, se pasaba de la invectiva al elogio; ahora, con Renzi, se oscila entre desconfianza y confianza, entre quienes ponen en duda sus dotes (“es de derechas”, “ha sido desleal con su predecesor Enrico Letta”, “es un fanfarrón”, etc.) y los agoreros (“puede no gustar, pero sería un desastre para Italia que Renzi fracasara”).

Como diría Arendt, entonces, con Renzi asistimos al triunfo de la política. Pero no es menos cierto que si de la inocencia o culpabilidad de Berlusconi se podía discutir hasta la saciedad, ahora las etapas del programa de Renzi tienen plazos y cifras, como las cifras del paro, como prioridad, o el crecimiento de la deuda pública o el nefasto estancamiento del PIB, entre otros.

Así, en la escena política italiana hemos asistido a un vuelco notable con la irrupción en el gobierno de Matteo Renzi. Con él se ha pasado del régimen de la opinión al régimen del “juicio de la historia”, por llamarlo de alguna forma. Al cabo de un año serán las cifras las que digan si Renzi ha fracasado o no, y él insiste en ello continuamente (“me la estoy jugando”, “si no me dejan hacer las reformas, me voy, y me dedico a otra cosa”). Sale de escena, con Berlusconi, el discurso de la *inocencia* e irrumpe, de la mano de Renzi, el discurso de la *responsabilidad* y del *riesgo*. En esa nueva configuración, la pasión principal de los ciudadanos es la espera. ¿Conseguirá

nuestro héroe derrotar a los grandes burócratas nacionales, convencer a Europa de que abandone la política de la penalización, poner orden en las discrepancias internas del Partido Democrático al que pertenece, llevar a cabo las reformas institucionales, etc.?

En las elecciones europeas de mayo del 2014 el Partido Democrático obtiene un resultado excepcional, con más del 40% de consenso, resultado que se interpreta como una demostración de confianza o, cuando menos, de ánimo, al gobierno de Renzi. Lo cierto es que la opinión pública italiana parece tener la nariz hacia arriba mientras mira a un acróbata. Negociar con las otras potencias, sobre todo en Bruselas; negociar con los adversarios políticos en casa (¡cuántas ampollas levantó la cumbre con el “prejuizado” Berlusconi sobre las reformas!); buscar soluciones de compromiso, no ideales sino *realizables*; impulsar, desde la responsabilidad y asumiendo los riesgos, un proceso de transformación. Todo eso se opone al fatalismo de quienes ven en los hechos algo que no depende de la voluntad humana. Y en eso los ciudadanos italianos, les guste o no, parece que han aprendido que de ilusión no se vive. Una lección esta a la que ya se refiriera Arendt hace varios decenios: “En su obstinación los hechos son superiores al poder; son menos transitorios que las formaciones de poder [...] La actitud política hacia los hechos debe recorrer la estrecha senda que discurre entre el peligro de considerarlos como el resultado de algún desarrollo necesario que el hombre no podía evitar y ante el cual, por tanto, nada podía hacer, y el peligro de negarlos, de intentar manipularlos fuera del mundo” (p. 71).

NOTAS

1. Las distintas manifestaciones construyen, en palabras de Eric Landowski, un *espacio social de significación*, “lieu originaire à partir duquel le social, comme système de rapports entre des sujets, se constitue en se pensant. [...] Spéculairement, la communauté sociale se donne en spectacle à elle même et, ce faisant, se dote des règles nécessaires à son propre jeu” (Landowski 1989, p. 14).
2. El programa *Porta a Porta*, presentado por Bruno Vespa en Rai 1, se conoce como “la tercera Cámara italiana” por la influencia política que ejerce. Otros programas de gran audiencia, por citar solo los principales, son *Ballarò*, presentado por Giovanni Floris en Rai 3; o *Servizio Pubblico*, a cargo de Michele Santoro, y *Otto e mezzo*, presentado por Lilly Gruber, ambos en La 7.
3. Para una historia detallada de la relación entre televisión y discurso político desde los años sesenta hasta nuestros días, cfr. Crapis 2014.
4. “Incluso el discurso sobre lo consumido, el “análisis del gusto”, se convierte también en parte del consumo” (op. cit. p. 198-9 por la trad. esp.).
5. Casos palmarios son *Un medico e famiglia* y *Raccontami*, series muy populares en Italia emitidas durante varias temporadas, que derivan, respectivamente, de los formatos españoles *Médico de familia* y *Cuéntame cómo pasó*.
6. Sobre la mezcla inseparable entre verdades de hecho y fetiches, entendidos como construcciones míticas, es conocida la posición de Bruno Latour, que acuña para este caso el término *factiches* (Latour 1996).
7. Sobre la relevancia de este tema, cfr. también Nelson 1978 y Arendt 1972.
8. “Es esta misma realidad común y factual la que está aquí en juego, lo cual constituye sin

duda un problema político de primer orden” (p. 42).

9. El Espectador Modelo se corresponde en el caso del texto televisivo con el Lector Modelo definido por Umberto Eco como condición de felicidad construida por el texto para su interpretación. Ciertos textos, sostiene Eco, construyen distintos Lectores Modelos, más o menos ingenuos o críticos (Eco 1979).

10. El conocido *cuadrado de veridicción* de Algirdas Greimas prevé una oposición de base entre *ser* y *parecer* que genera los valores semánticos de *verdad* (ser + parecer), *falsedad* (no ser + no parecer), *secreto* (ser + no parecer), *mentira* (no ser + parecer).

11. “La realidad tiende con frecuencia a ultrajar la solidez del razonamiento de sentido común en la misma medida en que ultraja el provecho y el placer” (p. 61).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARENDT, H. (1972) “Lying and Politics. Reflections on the Pentagon Papers”. En *Crises of the Republic*, Harcourt Brace Jovanovich: New York (trad. it. “La menzogna in política”, en *Politica e menzogna*, Milán, SugarCo, 1985; trad. esp. *Crisis de la República*, Madrid, Taurus: 1998).

— (1968) “Truth and Politics”. En *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*, Nueva York: Viking Penguin (trad. it. *Verità e politica*, Turín, Bollati Boringhieri, 1995; trad. esp. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Madrid, Península: 1996).

BARRA, L. (2014) “E qualcosa rimane...”. En Guarnaccia, F. (al cuidado de), *Quel che resta del nazionalpopolare*, Milán: RTI.

CRAPIS, G. (2014) *Ha vinto la Tv. Sessant'anni di politica e televisione, da De Gasperi a Grillo*, Reggio Emilia: Imprimatur editore.

ECO, U. (1979) *Lector in fabula*, Milán: Bompiani.

GRAMSCI, A., *Quaderni dal carcere (1929-1935)* (1975), Turín: Einaudi (trad. it. *Cuadernos de la cárcel (1929-1935)*, México D. F., Era Ediciones: 1986).

HABERMAS, J. (1962) *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Hermann Luchterhand, Verlag Neuwied (trad. esp. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili: 1999).

LANDOWSKI, E. (2004) *Passions sans nom*, París: Puf.

— *La société réfléchie*, París, Seuil, (1989) (trad. esp. *La sociedad figurada (Ensayos de socio-semiótica)*, Puebla, Universidad Autónoma y Fondo de Cultura Económica: 1993).

LATOUR, B. (1996) *Petite réflexion sur le culte moderne des dieux faitiches*, París: Éditions Synthélabo.

LOTMAN, I. (2009) *Culture and Explosion. Semiotics, Communication and Cognition*, De Gruyter Mouton (trad. esp. *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*, Barcelona, Gedisa: 2013).

NELSON, J. S. (1978) “Politics and Truth: Arendt’s Problematic”, *American Journal of Political Science*, XXII, 1978, n.º 2.

RIZZO, S.; Stella, G.A. (2008) *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili*, Milán: BUR.

SLOTERDIJK, P. (2004) *Sphären III, Schäume, Plurale Sphärologie*, Frankfurt am Main: Suhrkamp.

UGRESIC, D., *Karaoke Culture*, Rochester, NY, Open Letter, 2011.

VARGAS LLOSA, M., *La civilización del espectáculo*, Madrid, Alfaguara, 2012.